

Podemos resumir nuestras observaciones en estos dos principios:

Enseña la fe que la naturaleza humana perdió por el pecado de su primer padre los dones sobrenaturales, quedando debilitada en los naturales.

La ciencia no explica la naturaleza del alma, y nada objetiva que tenga fundamento científico contra ese dogma trascendental de la religión cristiana.

“La cuestión del pecado original es de tal importancia, dice San Agustín,¹ que en ella propiamente consiste la fe cristiana.”

“El que niega el pecado original, dice en otro lugar,² se empeña en echar por tierra los fundamentos mismos de la fe cristiana.”

Se hace, por tal causa, necesario, en cuanto lo permiten nuestras débiles fuerzas, precisar la doctrina sobre esta materia, con cuanta claridad nos fuere posible, aun á riesgo de incidir en algunas repeticiones.

En el sentido *activo* de la palabra, el pecado

¹ Lib. II de Pecc. orig., cap. 2.

² Lib. I, contra Jul., cap. 2.

original es el acto de orgullo, de desobediencia y de sensualidad, por el cual Adán y Eva, jefes del género humano, formando ellos solos la humanidad entera, perdieron para ellos y para toda esa humanidad, la gracia sobrenatural y santificante en la que habían sido creados poco antes, y al mismo tiempo las tres inmunidades preternaturales que servían de acompañamiento y de defensa á esa gracia y que debían preservar al hombre de la ignorancia, de la concupiscencia y de la muerte.

En esta acepción, el pecado original fué cometido sólo por nuestros primeros padres.

En la acepción *pasiva* de la palabra, el pecado original es esencialmente el estado de privación en el cual nuestros primeros padres, después de la caída, y todos sus descendientes naturales se encuentran desde el primer instante de su existencia, con respecto á la gracia santificante, en la cual deberían comenzar á existir y de la cual quedaron despojados.

Accidental y secundariamente es también la privación, en el niño que comienza á existir, de las tres dichas inmunidades de que habría gozado, sin la culpa de Adán.

En este sentido, el pecado original ó mancha original, *labes originalis*, como le llama la Iglesia, es la consecuencia del pecado original, tomando la palabra en el sentido *activo*.

Se llama original, porque se cometió en el origen de nuestra raza y porque se contrae en el origen de cada vida.

Sólo Cristo quedó exento de esa culpa, en razón del origen milagrosamente virginal de su humanidad, y María, la Madre del Redentor, por un privilegio singular que le alcanzaron los méritos futuros de su Hijo divino.

El castigo principal de ese pecado es la muerte eterna, es decir, la privación de la gloria: castigo rigurosamente lógico, porque la gloria es la recompensa y la consumación de la gracia, que debía ser la vida sobrenatural de nuestra alma, y de la que necesariamente la privó el pecado.

Su castigo secundario es la pérdida de tres inmunidades que debíamos recibir con la gracia y cuya privación nos abandona á la ignorancia nativa, á la concupiscencia habitual, á la muerte corpórea.

La prueba de la existencia y propagación del pecado original, no debe buscarse en el hecho, que

todos palpamos, de las miserias físicas y morales del hombre.

Ni los apologistas de la escuela de Pascal, ni los tradicionalistas, más ó menos recientes, podrían demostrar, por el solo estado de sufrimientos é imperfección á que está reducida la humanidad, que ha habido una caída original, y sobre todo, que la mancha moral que de ella resulta sea la privación de la vida sobrenatural.

“Numerosas y lamentables exageraciones, dice el Doctor Didiot, se cometen, á este respecto, cada día, por escritores católicos llenos de elocuencia y de celo.”

La verdadera y sola demostración está en la Escritura divina y en la Tradición.

Ellas formalmente enseñan que la humanidad había recibido dones sobrenaturales, comunicables por vía de generación.

Enseñan, igualmente, que esos dones no son comunicados como debieran serlo, y la experiencia lo confirma respecto de los dones preternaturales.

Enseñan, por fin, que este cambio de estado es debido á nuestros primeros padres.

Los Padres de la Iglesia y los Concilios, en el

curso de los siglos, invariablemente han consigna-
do aquellas enseñanzas divinas.

Las tradiciones humanas, aun las de los pue-
blos y tribus salvajes, han conservado su recuer-
do, alterado sin duda por errores groseros; pero
tanto más autorizado quizá, cuanto que no pare-
ce una simple copia, fielmente calcada, en una
época reciente, sobre las creencias del pueblo ju-
dío y de la Iglesia cristiana.

La razón, al estudiar al hombre, observa con
profunda extrañeza, que éste no es tal como dé-
biera ser, y para explicar este triste fenómeno,
no halla causa más propicia, ni teoría más acep-
table que el pecado original.

Mientras todas las criaturas tienen una apti-
tud natural para conseguir sus fines, el hombre
no la tiene para el suyo. El fin del hombre es
Dios; el medio, para llegar á él, la virtud: en esto
convienen todas las escuelas, excepto los ateos y
materialistas.

Ahora bien, la historia y la experiencia vienen
á demostrarnos de una manera tan elocuente como
desconsoladora, la aberración del hombre, de su fin.

El hombre abandonado á sí mismo, siguiendo
sus inclinaciones naturales, en lugar de llegar á

Dios se aparta de él, en lugar de practicar la vir-
tud, se abandona al vicio.

No ha sabido conocer á Dios, como lo prueban
el politeísmo y la idolatría; no ha sabido darle el
culto debido, como lo prueban las supersticiones
y sacrificios humanos; no ha sabido practicar la
virtud, como lo prueba la inmoralidad de las so-
ciedades; y, desde el origen de la historia, vemos
que la humanidad ha ido precipitándose en el
mal, cada vez más, como por una pendiente fatal
é inevitable.

“El asno conoció á su dueño, dice la Escritura
Santa, el buey conoció la mano que le lleva al pe-
sebre; pero el hombre no conoció al Señor.”

Y en otro lugar: “Todos se apartaron del ca-
mino derecho, todos quedaron inútiles para el
bien; no hay quien haga bien, ni uno.”

O el hombre no es obra de Dios, lo cual es im-
pío suponer, ó el hombre tal cual es, no es como
salió de las manos del Creador, cuyas obras todas
son perfectas y ordenadas á sus fines y por con-
siguiente le crió sin vicios y sin tendencias per-
versas.

Porque es repugnante é imposible que una obra
de Dios, infinitamente bueno y sabio, no sea cual

debe ser; y es imposible que el hombre, obra principal de Dios, haya sufrido tal alteración, sino por un justísimo castigo, impuesto por el mismo Dios.

El Eden, morada de la paz y de la dicha, era también un lugar de prueba.

Considerada en absoluto, la libertad concedida al hombre es un bien real y positivo, mientras que el abuso de la misma era una cosa hipotética y sólo posible.

Siendo libre y no habiendo llegado todavía á su término final, era preciso que él mismo lo conquistase por el buen uso de su libertad: en otro caso, este don sería inútil.

Mas toda criatura libre, por razón de su limitación, es defectible, expuesta al error en la inteligencia y al torcimiento en la voluntad, de donde resulta que Adán podía elegir el mal, como por desgracia sucedió. Según esto, ó Dios no debió dar al hombre la libertad, y por lo tanto ni la inteligencia, lo cual es limitar su bondad divina y hacer imposible la naturaleza humana, ó debió destruirla en su acto, lo cual repugna, ó debió necesariamente permitir su abuso previsto.

Por su parte hizo lo posible para que este abu-

so no tuviera lugar: ilustró la inteligencia del hombre con vastos conocimientos, fortificó su voluntad con la rectitud y los auxilios poderosos de la gracia, le impuso un precepto facilísimo, y en una palabra, le dió todos los medios y todas las probabilidades de salir vencedor.

Preciso es reconocerlo: el pecado original, en su existencia y en su propagación, es una verdad que seriamente no puede ponerse en duda.

Para los católicos es un dogma de fe.

A la filosofía incrédula del siglo XVIII y al racionalismo del siglo XIX, se deben las objeciones poco numerosas, por cierto; pero candentes y encarnizadas que se dirigen contra el dogma del pecado original.

Es preciso, para completar nuestro compendiado estudio sobre esta materia, examinarlas, aunque sea brevemente.

I

La relación del Génesis sobre la caída original es, dicen los enemigos de la Iglesia, un mito, des-

tinado á explicar y quizá á hacer más aceptable el estado de miseria y de dolor en el que nacemos todos, y casi todos vivimos, esperando una muerte cierta.

Tal es la objeción.

El racionalismo, rechazando por necesidad de sistema todo lo que lleva un sello sobrenatural, quiere que la serpiente del Paraíso, sea un animal mitológico ó si se quiere uno de esos animales á los que se hace hablar en las fábulas, como los hicieron hablar Esopo y de la Fontaine.

Esta última concepción, ni siquiera merece la honra de ser examinada.

Hay tal distancia entre Moisés y los fabulistas, entre los escritos de aquél y los de éstos, que á primera vista se palpa el vicio de semejante comparación.

Sin embargo, algunos hombres de juicio se han dejado seducir por la idea de que la aurora de la historia pudo ser fabulosa entre los Hebreos, como lo fué entre los Griegos y los Romanos, entre los Asirios y los Persas.

Pero es de notarse que los Griegos y Romanos, al par que los otros pueblos antiguos, tienen todo un sistema de mitología, con su jerarquía de dio-

ses y diosas, de semidioses y de héroes, y un conjunto de mitos tan completo que, basta leer sus relatos, para sentirse de pleno en la mitología.

Entre los Hebreos era de otra manera; no se puede encontrar en la Biblia la sombra de un sistema de mitología.

Este libro divino no conoce ni esas genealogías extravagantes, ni esas historias ridículas ó vergonzosas, ni esas metamórfosis de dioses y diosas, de genios buenos y genios malos que nos han trasmitido los escritores griegos y latinos, y que encontramos bajo forma distinta en los libros sagrados de los Persas y de los Indios.

Desde la primera palabra del Génesis, nos encontramos de lleno en la historia. Y por eso ningún escritor de Israel ha distinguido los tiempos fabulosos de los tiempos históricos; las relaciones del Génesis han sido siempre el fundamente de la creencia de aquel pueblo.

Moisés ha puesto en la base de su legislación el dogma de un Dios único, omnipotente, creador del mundo, del hombre; que gobierna todas las cosas y que quiere ser adorado.

El símbolo de los Hebreos ha comprendido siempre, además de los dogmas que acabamos de

enunciar, el dogma de un estado de inocencia y de justicia original, seguida de una caída hereditaria que fué al punto suavizada por la promesa de un Redentor.

No puede, por lo mismo, tratarse, en el cap. III del Génesis, de una serpiente mitológica: es preciso buscar otra cosa que un símbolo ó una fábula vana.

Si la serpiente del Génesis no es un símbolo, un ser puramente mitológico, ¿será un simple reptil?

Así lo sostiene Reuss: así también lo creemos los católicos.

En el relato de Moisés se trata, como ya lo hemos indicado en precedentes artículos, de una verdadera serpiente que se arrastra sobre la tierra y come polvo, como los reptiles de su especie.

Pero esto no basta para explicar la narración del inspirado autor del libro del Génesis.

Preciso es admitir que el demonio estaba en el interior de la serpiente. Como en las posesiones demoniacas, de que habla el Evangelio, el demonio es el que hace hablar y obrar á la serpiente; él es quien en realidad hablaba y obraba por medio de la serpiente, convertida en instrumento suyo, por permisión de Dios, para tentar á Eva.

No hay otro medio para explicar las palabras del Génesis.

Los teólogos, después de los grandes doctores de la Iglesia, lo han comprendido perfectamente.

La serpiente no habla hoy, y no hay apariencia alguna que venga á demostrar que, alguna vez, tuviera el don de la palabra.

Si la serpiente no hubiera sido más que un simple reptil, ¿qué interés habría tenido en seducir á Eva, en arrastrarla á que se rebelara contra Dios, en inducirla á que violara su prohibición?

Si no era más que un simple reptil, ¿cómo explicar el castigo enteramente espiritual á que se refiere Moisés, en las hermosísimas páginas de su libro?

Estas breves observaciones, unidas á las que antes hicimos, dejan en el alma la convicción de que fué el demonio, valiéndose de una serpiente, el que causó la catástrofe del Edén.

“El diablo, dice San Agustín, ha hablado por medio de la serpiente, sirviéndose de ella como de un órgano, obrando sobre esta naturaleza bestial, según su capacidad y la suya propia, para expresar palabras y signos corporales que hicieran comprender á la mujer la voluntad de aquel que

se esforzaba en persuadirla. La serpiente no comprendía las palabras que dirigía á la mujer, porque su alma de bestia no fué cambiada en naturaleza racional; los hombres mismos dotados de razón no saben lo que dicen, cuando el demonio habla en ellos en ese estado que requiere un exorcista."

Reuss, insistiendo en que la serpiente del Paraíso es un puro reptil y que no ha sido el instrumento del ángel del mal, alega, para apoyar su tesis, que el diablo era desconocido en el Antiguo Testamento.

Dado que así fuera, el fundamento que se alega es vano.

Basta que sea conocido en el Nuevo, que no es más que la explicación del Antiguo.

Y en el Testamento Nuevo el demonio ejerce cerca del Salvador el mismo papel, que la serpiente llenara cerca de Eva.

San Juan, en el Apocalipsis, ve al demonio perseguir á la descendencia de la mujer y no le llama más que serpiente antigua.

"El gran dragón, dice, la serpiente antigua, que es llamada diablo y Satán, fué precipitado. Y el ángel se apoderó del dragón, de la antigua ser-

piente, que es el diablo, y lo ligó por mil años."

El Salvador confirmó esta doctrina diciendo: "El demonio que fué homicida desde el principio."

Pero la afirmación de Reuss es como la de todos los racionalistas, afirmación atrevida para dispensarse de rendir prueba.

En el Antiguo Testamento se conocía al demonio.

La doctrina de los ángeles buenos y malos había llegado á los Hebreos por tradición.

Así como hacían memoria de los ángeles enviados á Abraham y de la escala misteriosa de Jacob con los ángeles que por ella subían y bajaban, de la misma manera recordaban la tentación de nuestros primeros padres, por el ángel malo, y su caída.

El autor del libro de la Sabiduría, libro que forma parte del testamento antiguo, hablaba de esta mística tradición, cuando decía: "Por la envidia del diablo ha entrado la muerte en el mundo."

El libro de Job nos muestra á Satanás con todas las malas cualidades que atribuimos al demonio, y el Profeta Zacarías hace lo mismo.

Debemos, pues, concluir, pulverizado como que-

da el argumento de Reuss, que la serpiente del Paraíso fué un verdadero reptil; pero convertido por el demonio en instrumento suyo, para perder al hombre.

II

La historia del Génesis, dicen los enemigos de la religión, es la historia de un hecho puramente personal de Adán y Eva, sin esas consecuencias extrañas que, según los católicos, afectan á la humanidad entera.

Ya hemos dicho que el pecado de Adán fué el pecado de un hombre en quien estaba encerrada toda la humanidad, que de él debía descender.

Si ese pecado lo redujo á las condiciones de pura naturaleza, eso era lo único que podía transmitir á sus descendientes, en virtud de la ley de multiplicación, promulgada en el Paraíso y que no podía detenerse en su curso.

El mismo texto del Génesis pone en toda su luz, que el pecado de nuestros primeros debía tener consecuencias universales y no restringidas á aquellos que voluntariamente lo cometieron.

“Yo pondré enemistades, dice el Génesis, entre tí y la mujer, *entre tu raza y la suya.*”

La revelación nos enseña que el universal Redentor ha bajado á la tierra para reparar la ruina completa causada por el demonio, y San Pablo declara que la muerte se ha hecho una ley universal, porque todas han participado del pecado de Adán, *in quo omnes peccaverunt.*

Así lo han entendido, por lo demás, la Sinagoga y la Iglesia.

La dificultad de explicar la trasmisión de este pecado de origen, no es motivo para negar su existencia.

III

¿Cómo se quiere, preguntan los enemigos de la Iglesia, que un pecado, como una especie de virus fisiológico, pase á todos los descendientes de la primera pareja humana?

No es preciso asimilar el pecado original á un virus corporeo que pase de generación en generación ó á una cualidad mórbida inherente á la sangre humana y transmitida con ella de padres á hijos.

Si esta teoría para explicar la trasmisión del pecado original ha sido aceptada por algunos, especialmente por los protestantes, no es la nuestra, no es la que enseña la Iglesia católica.

IV

¿Cómo puede pecarse, dicen los que aceptan el dogma del pecado original, antes de existir, antes de saber y de querer, á menos que se admita la preexistencia y trasmigración de las almas y que todas hallan estado presentes en Adán?

El pecado original en su acepción activa, es decir, como un pecado voluntario de soberbia y desobediencia, no es más que el hecho personal de Adán y de Eva: sus descendientes no responden de él.

No tenemos, en consecuencia, necesidad de recurrir, para explicar cómo el pecado original está en nosotros, á esa preexistencia física, explícita ó implícita, de nuestra alma y de nuestra voluntad en la voluntad y en el alma de Adán.

Esa manera de explicar la trasmisión de la culpa original es de algunos teólogos sin crédito en la Iglesia: la teoría de la Iglesia es distinta.

V

¿Deberá admitirse con ciertos teólogos, vuelven á preguntar los enemigos del pecado original, que este pecado está *esencializado*, por decirlo así, en nuestra naturaleza?

Tampoco es esta la enseñanza de la Iglesia católica: ya en algunos de nuestros anteriores artículos hemos demostrado que el pecado original no se identifica con nuestra naturaleza.

Esta objeción, por lo mismo, no es objeción para los católicos, una vez que jamás han enseñado que tal identificación exista.

Lejos de ello, han afirmado siempre que el pecado original nunca puede ser la sustancia misma del alma corrompida por el pecado de Adán, ya porque, entonces, Dios que crea el alma sería el autor del pecado, ya porque una sustancia simple es incorruptible, ya porque no puede concebirse que el pecado actual de Adán pudiese lesionar á un ser que no existe todavía.

Los que sostienen que el pecado original está esencializado en el alma son los protestantes y los jansenistas.

Ningún autor católico ha consagrado tal teoría, aunque en algunas obras de estos escritores se encuentran frases ó expresiones que pueden ser favorables á esta absurda opinión y que deseáramos, por lo mismo, que desaparecieran de sus escritos.

VI

“El dogma del pecado original, dicen los enemigos de la fe, supone crueldad inaudita é injusticia sin nombre.”

¿Por qué criar al género humano, si debía, desde su origen, caer en estado tan miserable?

¿Por qué castigar con eterno suplicio á innumerables niños que no tienen más crimen que haber nacido de un padre culpable?

Por el hecho mismo de que Dios quería crear seres libres y no crearlos directamente en el estado de gracia confirmada ó de gloria inadmisibile, estos seres libres, finitos, imperfectos, sujetos á prueba, estaban expuestos á caer.

¿Podrá decirse que Dios fué cruel, que le faltó sabiduría, porque crió al hombre en semejantes condiciones?

Evidentemente no.

Al contrario, en este plan se revela la bondad divina y la sabiduría eterna.

Tolerar un mal, permitirlo, para de él sacar un gran bien, es obra sin duda de infinita sabiduría.

La redención, inmediatamente prometida después de la culpa original, nos autoriza á repetir con la Iglesia: ¡Oh feliz culpa, que nos mereciste Redentor tan admirable!

En cuanto á los niños que mueren sin bautismo, ya hemos demostrado que no quedan sujetos á las penas afflictivas del infierno y que gozan de felicidad natural, sin pena ni dolor.

VII

Los fenómenos patológicos del orden material ó moral que se reúnen bajo el nombre mal escogido de culpa ó mancha original, dicen los impíos, tienen una explicación mucho más cierta, que ya era tiempo que la teología pidiese á la psicología y á la fisiología.

La teología católica jamás ha ignorado que las condiciones intrínsecas y extrínsecas, en las que se encuentran naturalmente nuestro cuerpo y

nuestra alma, durante nuestra vida terrestre, bastarían ampliamente para dar cuenta de nuestra ignorancia nativa, de nuestras tentaciones y de nuestras luchas, de nuestros sufrimientos y nuestra muerte.

Por eso no busca en estos hechos la prueba del pecado original, ni lo hace consistir en el conjunto de esos fenómenos: sabe que ellos eran naturalmente posibles.

Pero sabe también que *preternaturalmente* debíamos escapar á ellos, si el hombre hubiera querido hacer buen uso de los privilegios de que Dios lo dotara y mantenerse sobre todo en el estado sobrenatural de gracia en el que fué creado Adán y todos debiéramos nacer.

La Iglesia no pretende demostrar experimentalmente el dogma cristiano sobre el pecado original: al contrario, cree que no puede establecerse sólidamente, más que por los datos de la revelación.

VIII

En vano, dicen por fin, los enemigos del dogma cristiano, ensaya la teología, de algunos años acá una nueva interpretación que tendría la ventaja

de disminuir la enormidad de las antiguas teorías, reduciendo el pecado original á una simple privación.

Esta privación, agregan, equivale á una supresión radical, razón de más para aceptar en esta materia los socorros de las ciencias físicas y naturales.

Esa nueva interpretación de que nos hablan los sabios de hoy no es más que la antigua tradición de la Iglesia, limpia de las exageraciones, de las ignorancias y de los errores en que la envolviera la torpeza humana.

Los padres de la Iglesia, los Concilios, San Pablo, mismo, ponen la esencia del pecado original en la privación de la gracia santificante con que Dios había enriquecido á la humanidad.

Esta privación, como ya lo hemos dicho, no es una ausencia simplemente; es un despojo, es una ruina.

El pecado original, así concebido, recibe más íntimo y más completo asentimiento de la razón y de la filosofía.

Podemos ya concluir que, si el dogma del pecado original es un misterio, no es contrario ni á la razón ni á la ciencia.